

Creciendo con la leche pura de la Palabra de Dios

Aprender la plenitud de la gracia en Jesús - 1

Pedro 2:1-6

biblicom.org

Índice

1 - Como niños recién nacidos, anhelamos, para crecer, la leche pura de la Palabra de Dios	3
2 - No contristar al Espíritu Santo que enseña	3
3 - Al recibir la Palabra de Dios, crecemos en el conocimiento de Dios	3
4 - Guardar el espíritu del niño pequeño	4
5 - Nos mantenemos humildes gustando que el Señor está lleno de gracia	5
6 - Nuestra dificultad para captar la gracia	5
6.2 - El caso de la mujer samaritana	5
6.3 - Nuestro caso ordinario y el de Adán	6
6.4 - El caso de los creyentes ejercitados	6
6.5 - La gracia, no es ignorar el pecado	6
6.6 - Probar que el Señor está lleno de gracia y probar que es justo	7
6.7 - El caso de Simón el fariseo	7
7 - La gracia: el Señor vino a nosotros, murió por nosotros, cuando éramos pecadores	8
8 - La necesidad de la gracia todos los días de nuestra vida	8
9 - El crecimiento, mirando al Señor como lleno de gracia	9
10 - Tener los mismos pensamientos que Dios sobre Jesús	9
11 - Captar lo que Dios ha revelado sobre Jesús	10
12 - Estar ocupado con el Señor me preserva de la vanidad y de pensar en mí y en mis pecados	11
13 - Conclusión: aprender la plenitud de la gracia en Jesús	11

1 - Como niños recién nacidos, anhelamos, para crecer, la leche pura de la Palabra de Dios

En un sentido, como el Espíritu de Dios nos lo enseña aquí a través del apóstol, la posición saludable del santo es siempre la del «niño recién nacido»; mientras que en otro sentido debemos, por supuesto, progresar para llegar a ser jóvenes y padres en Cristo. En cuanto a la posición práctica del alma que recibe la verdad de Dios, es la del niño recién nacido: «Como niños recién nacidos, desead la leche espiritual pura, para que con ella crezcáis». Este es el lugar en el que nosotros, como creyentes, somos colocados por el Espíritu para que podamos crecer en Cristo.

2 - No contristar al Espíritu Santo que enseña

Pero si hemos de crecer con «la leche espiritual pura» de la Palabra, no es por el ejercicio de nuestras mentes en la Palabra, ni incluso por una gran cantidad de estudio de la misma. Necesitamos la enseñanza del Espíritu Santo, y para ello debemos ejercitarnos en la piedad, «rechazando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresías, envidias y toda clase de maledicciones», para que el Espíritu Santo no sea contrariado. Si el cristiano permite que la envidia, el engaño y la hipocresía actúen en su corazón, no podrá crecer en el verdadero conocimiento de las cosas de Dios; por eso está llamado a ser siempre un «niño recién nacido», que acude a recibir el alimento de la Palabra de Dios, consciente de su propia debilidad, pequeñez e ignorancia, y con sencillez de corazón.

3 - Al recibir la Palabra de Dios, crecemos en el conocimiento de Dios

El Señor siempre guarda a los que son suyos y que son sencillos y dependientes: «Gracia y paz os sean multiplicadas en el conocimiento de Dios y de Jesús, Señor nuestro» (2 Pe. 1:2). Pero entonces el conocimiento de Dios siempre humilla; cuanto

más lo conozcamos, más conoceremos nuestra propia nada. «Si alguien piensa que sabe algo, no conoce nada todavía como conviene conocerlo» (1 Cor. 8:2). Así como un bebé recibe constantemente el alimento de su madre, nosotros necesitamos recibir constantemente el alimento espiritual de la Palabra de Dios. Cuando recibimos la Palabra por fe, somos fortalecidos, crecemos en el conocimiento de Dios y de su gracia. El apóstol Pablo, habiendo oído hablar de la fe de los efesios en el Señor Jesús, rogó al «Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria», que les diera «espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento pleno de él; siendo iluminados los ojos de vuestro corazón, a fin de que sepáis cuál es la esperanza de vuestro llamamiento, cuál la riqueza de la gloria de su herencia en los santos», etc. (Efe. 1:17-18). Habiendo «gustado que el Señor es bueno» (o «lleno de gracia»; 1 Pe. 2:2), acudimos a su Palabra y recibimos de él lo que necesitamos para ser consolados, alimentados y refrescados en nuestras almas. La Palabra siempre viene con un sabor a él mismo. Se conoce como «la palabra de su gracia» (Hec. 14:3; 20:32). Puedo estudiar mucho la Palabra, pero si no entro en comunión con él a través de ella, no me servirá de nada, al menos en ese momento.

4 - Guardar el espíritu del niño pequeño

Dios no revela sus cosas «a los sabios y entendidos», sino a los «niños» (Lucas 10:21). No es la fuerza de la mente del hombre juzgando las cosas de Dios que obtiene la bendición de él; es la mente del «niño recién nacido», deseando la leche espiritual pura de la Palabra. Dice: «Abre tu boca, y yo la llenaré» (Sal. 81:10). La mente más fuerte debe acudir a la Palabra de Dios como el «niños recién nacidos».

Lo mismo ocurre con la verdad de Dios; siempre que no podamos hablar como «oráculos de Dios», por el poder de la comunión, nuestro deber es callar. Deberíamos ser prudentes y no intervenir en la verdad incierta; nada obstaculiza más el crecimiento que eso –intervenir en la verdad incierta; entonces estamos actuando como maestros y no como alumnos. Nuestra posición ante la verdad de Dios debe ser siempre la de «niños recién nacidos», deseando «la leche espiritual pura», para que con ella crezcamos (1 Pe. 2:2-3).

5 - Nos mantenemos humildes gustando que el Señor está lleno de gracia

No hay nada tan difícil para nuestros corazones como ser humildes, nada tan fácil para ellos como salir de ese lugar de humildad. No es simplemente por preceptos que somos llevados a este estado, ni somos preservados en él; es por probar «que el Señor es bueno» (o «lleno de gracia»; 1 Pe. 2:3). Es muy cierto que Dios es un Dios de juicio –que ejecutará la venganza sobre sus enemigos; pero no es así como se comporta con el cristiano– él nos da a conocer como «el Dios de toda gracia» (1 Pe. 5:10), y la posición en la que estamos colocados es la de «gustar que es bueno» (o «lleno de gracia»).

6 - Nuestra dificultad para captar la gracia

6.1. El caso del hijo pródigo

Qué difícil es para nosotros creer que el Señor es bueno (o «lleno de gracia»). El sentimiento *natural* de nuestros corazones es: «Por cuanto eres un hombre austero» (Lucas 19:21). Nuestras voluntades se ven contrariadas, discutimos con los caminos de Dios y nos enfadamos porque no podemos tener los nuestros. Puede ser que este sentimiento no se manifieste, pero, en cualquier caso, hay en cada uno de nosotros una falta natural de comprensión de la gracia de Dios, una incapacidad para captarla. Fíjese en el caso del pobre pródigo del Evangelio –nunca se le ocurrió pensar en la plenitud de la gracia de su padre cuando emprendió el viaje de vuelta a casa, por lo que solo esperaba ser recibido como un «jornalero». Pero, ¿qué dice el padre? ¿Cuáles son los sentimientos de su corazón? «Sacad ahora mismo la mejor ropa y vestido; ponéle una sortija en su mano y sandalias en sus pies; traed el becerro cebado, matadlo, comamos y alegrémonos; porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a vivir; estaba perdido y ha sido hallado» (Lucas 15:22-25). Esto es la gracia –la gracia gratuita.

6.2 - El caso de la mujer samaritana

Del mismo modo, en el caso de la mujer samaritana (la pobre adúltera, que desconocía el carácter de Aquel que le hablaba –«el Hijo único del Padre, lleno de gracia

y de verdad» (Juan 1:14), y por tanto el más adecuado para satisfacer su necesidad), el Señor le dijo: «Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le habrías pedido a él, y él te hubiera dado agua viva» (Juan 4:10). Si hubieras entendido lo que es la *gracia*, habrías *pedido* y yo te habría *dado*.

6.3 - Nuestro caso ordinario y el de Adán

No es solo cuando hay una rebelión abierta contra Dios, una total despreocupación y una indiferencia a propósito de la salvación, que hay esta oscuridad para entender la gracia. Nuestro corazón natural se ha alejado tanto de Dios que se dirige a cualquier cosa del mundo, incluso al diablo, para encontrar la felicidad, –a cualquier lugar menos a la *gracia* de Dios. Nuestras conciencias, cuando están despiertas al significado del pecado y a su odioso carácter a los ojos Dios, piensan que él no puede estar lleno de gracia. Adán, si hubiera conocido la gracia de Dios cuando se encontró desnudo, se habría dirigido inmediatamente a Dios para que lo cubriera. Pero no, ignoraba la gracia; vio su condición, y buscó esconderse de Dios entre los árboles del jardín. Y así es con nosotros. La conciencia de estar desnudos ante Dios, sin la inteligencia de su gracia, nos hace huir de él.

6.4 - El caso de los creyentes ejercitados

Además, como creyentes en Jesús, cuando nuestras conciencias están ejercitadas y sentimos que tenemos que ver con Dios en todo, puede que no tengamos un sentimiento claro de que el Señor está lleno de gracia; y entonces habrá no solo un profundo sentimiento de nuestra responsabilidad, sino al mismo tiempo el pensamiento de que debemos cumplir con las exigencias de Dios, y que seremos juzgados por él según cómo lo hayamos hecho. Hay algo de verdad en esto, que los requisitos de Dios deben ser cumplidos; pero el error es pensar que, si no encontramos en nosotros mismos lo que agrada a Dios, él nos condenará por ello.

6.5 - La gracia, no es ignorar el pecado

Por otro lado, a veces se piensa que la *gracia* implica que Dios pasa por alto el pecado. Pero no, es justo lo contrario; la *gracia* implica que el pecado es tan horriblemente malo, que Dios no puede tolerarlo. Si estuviera en el poder del hombre,

después de haber sido injusto y malvado, reparar sus caminos y enmendarse para estar en pie ante Dios, entonces no habría necesidad de la *gracia*. El mismo hecho de que el Señor sea lleno de gracia y misericordioso muestra que el pecado es algo tan malo que, siendo el hombre un pecador, su estado está totalmente arruinado y sin esperanza, y nada más que la gracia gratuita servirá para él –satisfará su necesidad.

6.6 - Probar que el Señor está lleno de gracia y probar que es justo

Un hombre puede ver que el pecado es algo mortal, y puede ver que nada que esté contaminado puede entrar en la presencia de Dios; su conciencia puede ser llevada a una verdadera convicción de pecado; sin embargo, esto no es «probar que el Señor es bueno» (o «lleno de *gracia*»). Es algo bueno ser llevado allí, porque entonces pruebo que el Señor es *justo*, y es necesario que yo lo sepa; pero no debo detenerme ahí; el pecado sin la gracia me pondría en un estado desesperado. Pedro no había «probado la gracia del Señor» cuando dijo: «Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador» (Lucas 5:8), y por eso pensó que su pecado lo hacía incapaz de estar en la presencia del Señor.

6.7 - El caso de Simón el fariseo

Tal fue también el pensamiento de Simón el fariseo, respecto a la pobre mujer que lavaba los pies de Jesús con sus lágrimas, y los secaba con los cabellos de su cabeza. Ah, si este hombre hubiera sido un profeta (si hubiera conocido el pensamiento de Dios), habría despedido a esta mujer lejos de su presencia, «*porque es pecadora*» (Lucas 7:39). ¿Y por qué? Porque no sabía que el Señor estaba lleno de *gracia*. Tenía un cierto sentido de la justicia de Dios, pero no el conocimiento de su gracia. No puedo decir que Dios debe estar lleno de gracia, pero si ignoro su gracia, puedo decir que él debe rechazarme, como pecador, lejos de su presencia, porque él es *justo*.

Así vemos que debemos aprender cómo es Dios con nosotros, no por nuestros propios pensamientos, sino por lo que él se ha *revelado* ser, y eso es «el Dios de toda gracia».

7 - La gracia: el Señor vino a nosotros, murió por nosotros, cuando éramos pecadores

Desde el momento en que comprendo (como Pedro) que soy un *hombre pecador* y, sin embargo, que fue porque el Señor conocía toda la magnitud de mi pecado, y lo que era detestable en él, *que vino* a mí, entiendo lo que es la *gracia*. La fe me hace ver que Dios es más grande que mi pecado, no que mi pecado es más grande que Dios. «Dios demuestra su amor hacia nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom. 5:8). En cuanto creo que Jesús es el *Hijo de Dios*, veo que Dios *vino a mí* porque yo era un pecador y no podía *ir a él*.

La capacidad del hombre para cumplir con las exigencias de la santidad de Dios fue plenamente probada: pero cuánto más luz llegaba, más mostraba al hombre sus tinieblas; y cuanto más estricta era la norma, más sacaba a relucir su propia voluntad. Y entonces, «Cristo, cuando aún estábamos sin fuerza, a su tiempo murió por los impíos» (Rom. 5:6) –«Cristo, cuando aún éramos pecadores», murió por nosotros. *Esto es la gracia*.

Dios, viendo la sangre de su Hijo, está satisfecho con ella; y si yo estoy satisfecho con ella, eso es lo que glorifica a Dios.

8 - La necesidad de la gracia todos los días de nuestra vida

Pero el Señor que he conocido como dejando su vida por mí, es el *mismo* Señor con el que tengo que ver cada día de mi vida; y todos sus tratos conmigo se basan en este *mismo* principio de *gracia*. Si quiero aprender lo que es su amor, está enseñado en la cruz; sin embargo, él mismo se entregó por mí para que toda la plenitud y el gozo que hay en él puedan ser míos; todavía tengo que aprenderlo –un niño recién nacido que desea «la leche espiritual pura, para que con ella crezcáis».

9 - El crecimiento, mirando al Señor como lleno de gracia

El gran secreto del crecimiento, es mirar al Señor como lleno de *gracia*. Qué precioso, qué fortalecedor es saber que, en este momento, Jesús siente y ejerce el mismo amor por mí que cuando murió en la cruz por mí. Esta es una verdad que deberíamos utilizar en la mayoría de las circunstancias diarias de la vida. Supongamos, por ejemplo, que encuentro un mal carácter en mí, que siento que es difícil de superar, debo llevarlo a Jesús como mi amigo; la virtud sale de él para mi necesidad. La fe debería estar siempre así en ejercicio contra la tentación, y no solo mi esfuerzo; mi propio esfuerzo contra ella nunca será suficiente; la fuente de la verdadera fuerza está en el sentimiento de que el Señor está lleno de gracia.

Pero el hombre natural en nosotros siempre rechaza a Cristo como la *única* fuente de fuerza y de toda bendición. Supongamos que mi alma está fuera de la comunión, el corazón natural dice: “Debo corregir la causa antes de poder venir a Cristo”; pero él está lleno de gracia, y sabiendo esto, el medio es volver a él de inmediato, tal como somos, y luego humillarnos profundamente ante él. Solo en él y de él que encontraremos lo que restaurará nuestras almas. La humildad en su presencia es la sola humildad verdadera. Si, en su presencia, nos reconocemos tal como somos, encontraremos que él no nos mostrará más que gracia.

10 - Tener los mismos pensamientos que Dios sobre Jesús

Pero, aunque «rechazada ciertamente por los hombres», por el corazón natural de cada uno de nosotros, ¿quién es el que dice?: «He aquí, pongo en Sion una piedra angular, escogida, preciosa; y el que crea en ella jamás será avergonzado» (1 Pe. 2:6-7). Es Dios; es él quien ha puesto esta piedra angular, no un hombre, y dice: “Esto es lo que pienso de Cristo”. Aprendiendo de Dios, estando enseñado por el Espíritu Santo, llego a tener los mismos pensamientos sobre Jesús que Él. Ahí es donde encuentro mi fuerza, mi consuelo, mi gozo. En lo que Dios se deleita y se deleitará siempre es también mi gozo ahora.

Dios dice: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mat. 3:17), «mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento» (Is. 42:1); y al traer estos (Sus)

pensamientos a mi alma, veo también que Jesús es precioso, y encuentro mi deleite en él. Así, Aquel que fue crucificado por mí, que «llevó en su cuerpo nuestros pecados sobre el madero» (1 Pe. 2:24), es precioso para Dios y es precioso para mí.

Dios solo podía encontrar descanso en Jesús. Podemos buscar en todo el mundo, no encontraremos nada que satisfaga nuestro corazón sino a Jesús. Si Dios ha buscado la verdad, la justicia, todo lo que podía desear, lo encontró en Jesús, y lo encontró en él *para nosotros*. Esto es lo que reconforta el alma. Veo a Jesús que «ahora comparece ante Dios por nosotros» (Hebr. 9:24), y Dios está satisfecho; Dios encuentra su deleite en él.

Es Cristo mismo en quien Dios descansa, y descansará para siempre; pero entonces Jesús, habiendo llevado y borrado mis pecados por su propia sangre, me ha unido a él en el cielo. Bajó de lo alto, trayendo a Dios a nosotros aquí abajo; ascendió, llevando a la Iglesia en unión con Él en lo alto. Si Dios encuentra a Jesús precioso, también me encuentra a mí precioso (en él).

11 - Captar lo que Dios ha revelado sobre Jesús

Jesús, como hombre, glorificó a Dios en la tierra. Dios descansa en esto. Como hombre, y «cabeza del cuerpo, de la Iglesia» (Col. 1:18), «ha pasado a través de los cielos» (Hebr. 4:14), para ahora comparecer ante Dios *por nosotros*» (Hebr. 9:24); esto es lo que da descanso duradero a nuestras almas, no lo que pensamos de nosotros mismos. La fe nunca piensa en lo que hay en nosotros como base de su descanso; recibe, ama y capta lo que Dios ha revelado, y lo que son los pensamientos de Dios sobre Jesús, en quien está su descanso.

No es por el conocimiento o la inteligencia humana que llegamos a esto. El pobre pecador ignorante, así como el más intelectual, cuando está iluminado por el Espíritu, puede comprender cuán precioso es Jesús para el corazón de Dios. El pobre malhechor que moría en la cruz podía dar cuenta de toda la vida de Jesús mejor que todos los que le rodeaban, diciendo: «Este nada malo hizo» (Lucas 23:41); estaba enseñado por el Espíritu.

12 - Estar ocupado con el Señor me preserva de la vanidad y de pensar en mí y en mis pecados

¿Estamos en comunión con Dios? Nuestro rostro brillará y los demás lo verán, aunque nosotros mismos no seamos conscientes de ello. Moisés, después de hablar con Dios, no sospechaba que la piel de su rostro brillaba; se olvidó de sí mismo, estaba absorto en Dios. Sabiendo que Jesús es precioso para nuestras almas, nuestros ojos y corazones estando ocupados con él, serán eficazmente preservados de estar cargados con la vanidad y el pecado que nos rodean; y esto también será nuestra fuerza contra el pecado y la corrupción de nuestros propios corazones. Todo lo que veo en mí que no está en Él es pecado; pero no es pensar en mis propios pecados –mi propia bajeza– y ocuparme de ellos lo que me humillará; sino pensar en el Señor Jesús, deteniéndome en las excelencias que hay en él. Es bueno terminar con nosotros mismos y ocuparnos de Jesús. Tenemos derecho a olvidarnos de nosotros mismos, tenemos derecho a olvidar nuestros pecados, tenemos derecho a olvidar todo menos a Jesús. Es mirando a Jesús como podemos renunciar a todo, como podemos caminar como hijos obedientes; su amor nos obliga a hacerlo. Si fuera un simple mandamiento, no tendríamos el poder de obedecer.

13 - Conclusión: aprender la plenitud de la gracia en Jesús

Que el Señor nos dé así a conocer la plenitud de la gracia que hay en Jesús, el amado y elegido de Dios, para que «vamos siendo transformados en la misma imagen, de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor» (2 Cor. 3:18).

Que podamos, amados, en nuestra búsqueda de la verdad de Dios, «habiendo gustado que el Señor es bueno» (o «lleno de gracia»), ser encontrados siempre «como niños recién nacidos... deseando la leche espiritual pura, para que con ella crezcamos».